



gran rey. ¿Qué es, sin embargo, de esta dominación asiática, cuya fuerza se estrella contra Chipre y contra el Egipto, que estremecen las rebeliones de los sátrapas, rebelión que disputan todas las provincias del Asia Occidental y Marítima, levantándose bajo Artajerjes Mneumon y bajo Darío Noto?

La Grecia no es considerada, aun entonces, más que como una de las satrapías indóciles; esto es muy vergonzoso, y por otra parte, las devastaciones de Jerjes no son todavía castigadas.

El Asia caía por la pendiente de la disolución. Sólo el castigo podía regenerarla; era necesario que la sangre más joven del Occidente se mezclase con la sangre empobrecida del Oriente. La Grecia propiamente dicha no era capaz de operar esta gran obra; Dios suscita un nuevo dominador en el seno de una comarca amiga y unida con vínculos de parentesco á la Grecia que, sin embargo, la llama «bárbara.»

A pesar de esta injuria, la Macedonia impondrá silencio á las pasiones mezquinas, cogerá el mando del cual se han hecho indignas Esparta, Atenas y Tebas, y reunirá en un haz todas las fuerzas de la Europa oriental.

Tal es la obra de Filipo, que comienza por la guerra sagrada de Fócida, continúa por la intriga y la corrupción, y acaba, á pesar de la elocuencia de Demóstenes, por la victoria de Queronea.

Llegó el día á la monarquía de los persas. El hijo de Filipo, Alejandro, *Sekander Iouanni*, como le llamaron los vencidos, toma las riendas de los negocios en el momento en que su padre los ha dejado, y atemorizando á los descontentos con la ruina de Tebas, se anuncia como el vengador de la Grecia; parte de Pella con los macedonios, los tracios, los griegos, sella su camino con los triunfos del Gránico, de Isso y Arbelas, y como tomó á Tiro, descendió hasta Egipto y tomó á Jerusalem, en donde leyó su nombre en los libros de profecía, entra sin resistencia en Persépolis. El bactriano Besso no tuvo mejor fin que el infortunado Darío Codomano, *Daravoyus*.

Alejandro, por sus propias expediciones y

por los viajes de Nearco, asegura hasta la India el centro de unidad política, intelectual, moral, civilizador que quiere establecer en Babilonia. Subyugada la influencia asiática, vuelve á tomar ascendiente en la influencia europea que salió vencedora, y así se va formando el mundo de Alejandro y de sus sucesores. Tal es la «cuarta monarquía.»

Roma aparece en esta época retrasada por la expulsión de los reyes, destruida por las disputas del patriciado que desea formar casta, y por la plebe que tiende á invadirlo todo. El decenvirato que la dió sus leyes no mejoró nada el estado de los partidos. La muchedumbre, que conquistó el tribunado, no se detendrá en sus progresos, y el tribunado militar, el consulado plebeyo alcanzados á pesar de la dictadura, no son más que los de su triunfo. Por este tiempo se propaga la dominación exterior, y recobra palmo á palmo su territorio. Los latinos se reconocen aliados, los toscanos protestan, pero en vano, contra una sumisión que ellos no pueden rehusar; los mismos galos que se apoderaron de la ciudad eterna no lograron apoderarse del Capitolio.

Oscos, toscanos, umbríos, todos caen á la vez en la guerra de los samnitos. La Grecia del Sur está también amenazada. El águila romana queda todavía aprisionada en la península itálica; cuando el cielo la dé bríos llamará al combate al héroe de Cartago, y del fondo del Occidente tomará su vuelo contra las naciones.

La historia señala claramente la marcha de estas revoluciones, que turnan bajo la mano divina á la unión sucesiva de las razas. Sin gran trabajo se pueden seguir todas las dominaciones. La de Semiramis es enteramente oriental y no sale de los límites del Asia; la de Ramsés-Sesostris, un poco más extensa por el Poniente, no avanza tanto hácia el Oriente; el gran Ciro reúne el imperio de Sesostris al de Semiramis, y manda en el Egipto como en la India. Pero el coloso es arrastrado hácia el Occidente, donde le hace caer su propio peso. La conquista europea hiere del primer golpe el corazón de este gran cuerpo, y penetra hasta en sus últimas extremidades, y se opera una



prodigiosa unión bajo Alejandro el Macedónico.

No es todavía completa, sin embargo: esta monarquía, bajo la cual descansan los pueblos, no es todavía más que como un punto antes de la consumación de los tiempos. El último movimiento se realizará cuando la Europa occidental, no viviendo ya aislada, llegue á tomar su impulso. Entonces todas las partes del mundo antiguo guardarán relación entre sí.

El Occidente subyugará al Oriente, y sobre el Gólgota se ofrecerá el eterno sacrificio en nombre de la humanidad entera.

De dos imperios del extremo oriental, sólo la China pudo sustraerse de la dominación de Ciro y sus descendientes; la India quedó sometida bajo su yugo. El Celeste Imperio se aparta cada vez más del movimiento general; queda aislada por siglos enteros. La India lucha, pero en vano, contra las armas de los schahs de Persia, y concluye por aceptar su supremacía.

Este período es poco glorioso y poco interesante en una y otra de estas comarcas; analizaremos rápidamente los principales acontecimientos. El único rasgo característico es la aparición de los filósofos Lao-Tseu y Kong-Fu-Tseu en la China.

La anarquía, que había ya comenzado hacia muchos años bajo la triste dinastía de los Wang, va continuando y se aumenta á cada instante. Los príncipes de Tsí, los de Thsiu, los de Tchao, los de Ei, se disputan las provincias y el mando. No se nos ofrecen más que desórdenes y guerras sin fin, en medio de las cuales pasan desapercibidos los indolentes y débiles monarcas de la raza de los Tcheu, á quienes sostienen sus tributarios, dejándolos vivir por compasión ó por interés, despojándoles de su autoridad y hasta borrando en ellos las señales de supoder.

A las discordias civiles, á las empresas de los feudatarios, á las disputas de los vasallos van unidos también los odios y las disensiones de la familia real. Crímenes, traiciones y asesinatos empiezan á señalar la subida al trono de los Wang, King y Keng (544 á 475). El último de estos da muerte á sus hermanos para poder reinar en su lugar, y sus crueldades no hacen más que redoblar las desgracias del im-

perio. Yuen-Wan tuvo algo más de reposo y le debió al cansancio de los combatientes y á su propia negligencia; su hijo Tchín-Ting-Wang imitó su indolencia, siendo un rey verdaderamente holgazán.

Esta tranquilidad pasajera no tardó en turbarse con las invasiones de los tártaros, con la ruina de la principalidad de Thsiu y sobre todo con las pretensiones de los cuatro hijos de Tchín-Ting, que con las armas en la mano se disputaban el imperio. Kao-Wan (440) convirtió la batalla en un mar de sangre, que alcanzó hasta su hermano, dándole muerte él mismo. Pero él no pudo obtener de ningún vasallo el reconocimiento de esta autoridad así usurpada.

Los feudatarios se habituaban á despreciar á su soberano nominal. Wei-Lie-Wang, hijo de Kao-Wang, no recibió siquiera los testimonios de un respeto aparente; y la concesión que él hizo de las soberanías de los países de que se habían apoderado, no fué más que un rasgo de cobardía.

La decadencia era completa. En los tiempos que preceden, los pueblos tributarios habían podido oír la voz de Lao-Tseu, el Grande, gran sábio, el fundador de la doctrina del «Tao ó de la razón suprema.»

Nacido en 604, rodeado de todo el prestigio de la leyenda Lao-Tseu, había viajado por la India y Occidente; cosa rara para un habitante del Celeste Imperio, que era ya esto bastante para adquirirle gran fama. A su vuelta esparció nuevas opiniones que llenaron de admiración á las inteligencias bastardas por la esclavitud y la discordia; se hizo popular y conquistó numerosos discípulos. Su intervención religiosa y filosófica ejercerá por largo tiempo una poderosa influencia (1).

Bien pronto, después de Lao-Tseu y aun durante su vida, aparece otro sábio que debía eclipsar á aquel. Este es Kong-Tu-Seu, que había recorrido los pequeños principados, enseñando y reformando, siendo mal recibido por casi todas

(1) Ya hemos apreciado y hecho mérito de Lao-Tseu, de su doctrina y de su autoridad, en el capítulo que hemos examinado poco há, titulado: «Concepto sobre la marcha del espíritu humano.» Digase esto mismo de Kong-Tu-Seu.





partes, y no pudiendo en definitiva dar un buen éxito á sus trabajos. Los filósofos de su escuela no tenían crédito ni autoridad.

Por todas partes reinaba una deplorable confusión. Leyes, gobierno, ciencias, artes, todo estaba abandonado, olvidado y proscrito. Los mismos historiadores no tenían ya cuidado de indicar las fechas de los hechos más variados y oscuros.

Continuas rebeliones ocupan los años de Ngan-Wang y de Lie-Wang (401 á 368). Los vasallos se habian hecho más poderosos que nunca; todos aspiraban manifiestamente á arrojar del trono aquellos fantásticos reyes, que no le ocupaban más que para mancharle con sus crímenes. Pero ninguno era bastante fuerte para dominar á sus rivales. Entre tanto toman todos el título de reyes bajo el débil Hien-Wang.

La fortuna, sin embargo, parecia sonreír á los príncipes de Thsin. Aguerridos por sus incasantes luchas contra los tártaros, amenazaban á la China con su dominacion. No tenían necesidad de adivinar por medio de la tortuga para predecir su futura grandeza; esta se hará esperar todavía un siglo, y hasta esa época la historia de la China estará entregada á los frecuentes levantamientos de los pueblos, á los asesinatos de los príncipes y á toda clase de infamias (1).

El Oriente todo obedecía al «gran rey.» La India, ya tributaria de los schahs del Irán, no tardó en ser contada en el número de las provincias del vasto imperio de los sucesores de Ciro.

Darío le cuenta en la lista de sus reinos (2), y una de sus expediciones está destinada á asegurar allí su dominacion! Esta dominacion debia ser bien establecida, puesto que una flota persa bajo las órdenes de Seilax de Larian-dia, bajó tranquilamente el río Indo desde las altas regiones hasta el Océano, y despues de treinta meses de navegacion vino á tocar en la extremidad del Mar Rojo, abriendo á los na-

(1) Véase para este capítulo *Historia general de la China* por el P. Mailla; *La China* por Peautier; Cantú, *Historia universal*, y las Memorias concernientes á los chinos.

(2) Inscripción de Naschi-Rustem, reproducida por M. J. Oppert, *Expedición á la Mesopotamia*.

víos de Darío todo el mar de las Indias (1).

El tesoro de Suza recibia anualmente de sus súbditos del Indo cuatro mil seiscientos ochenta talentos cubólicos en pepitas de oro y en barras de plata; esto venia á ser la tercera parte de los gastos de la Persia, y la India formaba el vigésimo de los gobiernos iraníes. Se comprende el celo que tendrían los reyes de Oriente por conservar tan útil dominio, así como las tentativas de los indios por sustraerse de este oneroso tributo.

Para colmo de desgracia y para aumentar la triste situacion de la India, los montañeses de Kabul y del Candahar empezaban á reunirse constituyendo más tarde la nacion de los Afgharas; ya ellos se habian apoderado de las provincias regadas por el Indo. El rey Darío les habia reducido, y el sucesor de Ilarajah les habia combatido con buen éxito en la península Keda-Rajah. Volvieron á conquistar su poder bajo Jeicud, uno de sus generales, que le sucedió. Indolente y sensual este último rey, se salvó mediante las gruesas sumas de dinero que pagó á la Persia.

Las usurpaciones perjudicaban á la India; el hijo de Keda fué desposeido por Delu hácia la mitad del siglo IV antes de la era cristiana. El nuevo príncipe, á pesar de su valor, generosidad y piedad, fué destronado por un miembro de su familia llamado Pur ó Purava, á los cuarenta años de reinado. Este conquistador sometió á su poder todo el país entre Guzerat y Orissa, y murió despues de un largo y glorioso reinado, dejando el gobierno á un hijo de su mismo nombre, el famoso Pur, Poro, que sostuvo una guerra con Alejandro.

En la misma época y sobre las riberas del Ganges reinaba en Palibotra el sábio y justo rey Nandas, que sometió á todos los radjas del país, y hacia una guerra de exterminio á los jatriyas cuando llegó el héroe macedónico.

El paso de Alejandro y de sus *javanas* por la India (2) dejó profundas huellas.

(1) Herodoto refiere este viaje. (Véase M. Guillemin, *op. cit.*)

(2) Véase la *Historia de la India*, de De Marlés: Guillemin, *op. cit.*, y *La India*, por Dubois de Jarcigny, etc.

## CAPÍTULO II

Asia central y occidental.—Ciro, Kai-Khosru.—Estado del Asia al advenimiento de Ciro.—Ciro somete á los turanios.—Conquista del Asia central y occidental.—Ruina de Cresos y de la Lidia.—Sitio y toma de Babilonia.—Libertad del pueblo de Dios.—El imperio de Ciro: su organizacion.—Muerte de Ciro.

Todo el Oriente estaba en expectativa de grandes y extraordinarios acontecimientos.

Los armenios, favorecidos por las guerras civiles y las conquistas, unidos sus destinos á los de Babilonia, habian reconquistado su independencia; pero escuchaban con pavor las hazañas de los habitantes del Irán, sus vecinos, y procuraban hacerse aliados suyos, para no ser esclavos de su poder.

Los georgianos y los pueblos del Cáucaso, amenazados por el príncipe de Persia, el «afortunado,» *Humayun*, se disponian á vender cara su vida y su libertad.

Babilonia, la nueva Babel, vieja y gastada por la corrupcion, se estremecía en sus fundamentos á los acentos terribles de la profecía hebrea que llamaba á las grandes crisis al libertador, al águila de la aurora.

Israel descolgaba sus arpas de los saucos de Babilonia y entonaba cánticos poéticos para saludar la venida de aquel que esperaba hacia sesenta y dos años.

El nuevo imperio de la Lidia, perdido prematuramente por el lujo y la ambicion, daba la voz de alarma y se preparaba contra el conquistador anunciado.

La India y la Arabia escuchaban de lejos estos rumores y temblaban al recordar á los célebres guerreros de la Asiria.

El tiempo ha llegado.

Pasamos en silencio lo relativo al nacimiento y primeros años del joven «predestinado» Ciro, porque está consignado ya en el capítulo que trata de la Persia.

Kai-Khosru, segun los persas, comenzó su

TOMO II

reinado tomando venganza de los asesinos de su padre. Dirigiéndose despues contra los rudos hijos del Turan, los arrojó al Afrasiab y ocupó su trono.

Generoso y espléndido, confirma á los jefes en la autoridad que venian ejerciendo, y como hizo más tarde Alejandro, respeta y colma de honores á la madre y á las mujeres del schah-khan. Algunas tentativas del príncipe destronado no sirvieron más que para asegurar la dominacion del conquistador. Somete completamente el Asia septentrional, la Armenia y la Georgia; los príncipes del Asia oriental le mandan embajadas y le ofrecen su vasallaje; los rajhas de la India reconocen su dominacion, y el «Faghfur» le entrega el Afrasiab. Khosru derriba de un sablazo la cabeza del odioso Turanio, exclamando: «Que esta sangre impura sirva de sacrificio á Iredj, á Nouder y Syawusch.» Su imperio es, sin embargo, poderoso, temible y cumplirá los decretos divinos (1).

La Asiria estuvo dominada en otro tiempo por el imperio persa ó Irán, y entre ella y los schahs existia una antigua disputa. Nabucodonosor I tomó á Ecbatana, la ciudad de los siete

(1) Véase el *Schah-Nameh* de Ferdoucy, el *Cuadro histórico del Oriente*, por el caballero M. C. D'Ohsson, etc. Por un extraño olvido, los cronistas árabes no dicen una palabra de las conquistas citadas por los historiadores griegos, y aunque en desagravio estos últimos indican las provincias del norte y de la India como comprendidas en la vasta extension del imperio de Ciro, no hablan de su adquisicion. Nosotros nos hemos valido de las dos narraciones, pero sin garantizar de ningun modo la autenticidad.